

tro sacrificio; triunfarémos, vivos ó muertos, de este último esfuerzo del infierno.

No me rendí á sus razones; pero cuando hube tomado las disposiciones necesarias para asegurar un asilo á mi querida niña, el mal habia hecho irreparables progresos, y el viaje ya no era posible. Me resigné.

Edmunda hizo decir á sus antiguas amigas que iba á morir, y que las exhortaba á ir á recibir su último adios. Vinieron casi todas. La que le habia dado el primer golpe fué la primera y la mas tierna. Edmunda, consolada, me manifestó que aquella buena jóven seria el modelo de la parroquia, prediccion que se cumplió, como muchas otras; pues parecia que Dios, para endulzar sus últimos momentos, le habia concedido ver el porvenir. Sin murmurar, sin quejarse, sin acusar á nadie, confió el honor de su memoria á los recuerdos y á la amistad de aquellas mujeres. Hablóles en seguida de la Religion con tanta elocuencia, que llorando le prometieron todas volver á la iglesia y no olvidar su camino, promesa que cumplieron fielmente. Desde que soy sacerdote he asistido á muchos moribundos, y sé cuán bella es la muerte cristiana; mas, no habia visto fin mas augusto que el de aquella pobre inocente: era en verdad la víctima de buen olor inmoldándose con alegría y tranquilidad.

—Querido tio, me dijo, os dejo mi corto dote para reparar la capilla de la Santísima Virgen. Alentaos; esperad algun tiempo mas, y venceréis. Creo que os hablo de parte de Dios. Numerosos son nuestros enemigos, mas no triunfarán. Hacedles bien.

Murió repitiendo estas palabras:

—¡Hacedles bien!

¿Quién le habia enseñado esto á mi jóven sobrina? ¿Quién le habia enseñado á hablar como san Pablo? Hacedles bien: es en tres palabras toda la ciencia de los Santos, toda la perfeccion del Evangelio, todo el secreto de Dios para vencer el furor y el arte profundo del infierno. El hombre se resiste á todo: á la razon, á la fuerza, á la ciencia, al castigo; pero cede al bien que se le hace. Abrense entonces sus ojos, se enternece su corazon y cesa su cólera. En vano prueba rebelarse; en vano vuelve contra la dulce caridad las armas con que se escuda contra la justicia, la evidencia y los milagros; al través de esa armadura de bronce la caridad penetra hasta la conciencia, y es menester rendirse, someterse; es la sentencia de Dios *Beati mites, quia possidebunt terram*. Ved, mi amigo, por qué todos los esfuerzos de los enemigos de la santa Iglesia se dirigen á impedir, tanto como pueden, que se haga el bien.

Edmunda pasó de esta vida á la gloria eterna. Para estar de ello convencido, tengo la secreta virtud que de su féretro emanaba. Permanecí orando en el sitio mismo en que nos hallamos; toda la noche última que pasó debajo de mi techo, experimenté un dolor inmenso, y en él una paz y un consuelo infinitos. Nunca me habia sentido tan fuerte bajo la carga que Dios me ha dado; jamás ha estado tan léjos de mi corazon la idea de quejarme y la menor sombra de resentimiento. ¡Oh virtud de aquellos virginales despojos! ¡Virtud del perdon que mi alma repetia

tan á menudo y que en aquel momento renovaba delante de Dios! Mi oracion, empezada para ella, concluia para sus perseguidores.

Consideré como un nuevo efecto de su valimiento en el cielo la concurrencia que acudió á sus exequias. Hablé, y se me escuchó; ví correr lágrimas; oí sollozos; la calumnia habia desaparecido ante la víctima; creí, por fin, que el hielo estaba roto y que las ovejas volvian al redil. Dios, empero, me pedia otro sacrificio, y este debió encontrarme menos sumiso.

El hermano de Edmunda, Pedro Laurend, vuestro amigo, habia querido entrar en el servicio militar, á fin de no desmembrar su pequeña herencia, y reservarla toda para su hermana. Honrano, instruido, bizarro, podia hacer carrera en las armas. La muerte de Edmunda nos dejaba solos en la tierra. Acrecentóse nuestro mútuo afecto, cada ano de nosotros amaba en el otro todo lo que habia perdido. Sin consultarme, Laurend, cediendo á los impulsos de su buen corazon, pidió licencia para venir á abrazarme. ¡Ay! la obtuvo á causa de su excelente conducta; y partió, como jóven y como soldado, á pié con su equipaje á la espalda. Era á principios de invierno, y tenia que hacer un largo viaje.

En tanto que me preparaba esta alegría, mi situacion empeoraba; no volvió empero al punto en que se hallaba antes de la muerte de Edmunda. Las amigas de aquella querida niña perseveraban, gracias á Dios, y empezaban á atraerse corazonos hasta entonces obstinados. Mas ese mismo movimiento avivaba antiguos rencores que yo habia creído ya del todo extinguidos. Los principa-

les del lugar y los jóvenes continuaban siendo mis declarados enemigos; insultábanme todavia con frecuencia por las calles, mi solo nombre excitaba su cólera. Por ahí comprendereis á qué extremo habia llegado.

Laurend llegó de noche, despues de una larga marcha, con un tiempo espantoso. Habia recido durante horas una lluvia helada, y se habia lastimado cayendo en nuestros malos caminos. Quise la Providencia que para preguntar por mi casa se dirigiese á dos de los habitantes que mas me odiaban. El primero cerró la ventana sin responder, el segundo se desató en injurias. Les habia dicho que era mi sobrino. Un tercero no quiso salir. Con todo, el pobre jóven halló un mendigo menos inhumano, que se prestó á enseñarle mi morada. Llamó: ¡ay! no estaba yo en casa, y no habia de volver. Precisado á ir á ver á un compañero, á tres leguas del lugar, habia avisado que pasaria allí la noche. Mi anciana criada, sorda y casi idiota, no oyó, ó temió alguna de las ruindades que á menudo se nos hacian. Laurend llamó en vano; nadie respondió. Creyó que se le habia dado una falsa direccion y que la casa estaba desierta. Rendido de frio y de cansancio, se internó en el pueblo, buscando un albergue. Allí estaba el cuartel general de mis enemigos. Allí experimentó una nueva repulsa, mas injuriosa que otras, y acompañada de amenazas. ¿Os admirais? Se me olvidaba deciros que el desgraciado en sus caidas habia perdido su saco y el dinero. En su semblante estaba retratada la muerte, y sin embargo, nadie se compadeció: un perro habria sido acogido;

el sobrino del cura fué rechazado. ¡Dios mio, tened misericordia! ¡No era el pobre jóven á quien querian herir, era á mí! viéronle caer extenuado, y no lo levantaron. Al cabo de una hora permitieron á una mujer, cuya caridad excitaba sus mofas, que le diese un poco de vino. Mientras que arrodillada en el lodo acercaba á los labios de Laurend el cordial que no podia ya salvarlo, aquellos bárbaros menudeaban contra ella sus groseras pullas. Les gritó llena de terror que el infeliz espiraba. Entónces comprendieron que decia la verdad, y atemorizados huyeron. Sí, sin cuidarse de prestarle el menor socorro, como si huyendo de la víctima sacudiesen su maldad.

En vano la mujer pidió ayuda. El posadero, ebrio y medio dormido, á sus súplicas contestó con blasfemias. Aquella mujer hubo de arrastar á Laurend, casi exánime, hasta la caballeriza, en donde lo colocó sobre un poco de paja. Habiéndolo cubierto con su ropon, veló piadosamente á su lado, aguardando el dia y mi llegada.

En medio de aquel gran desastre, Dios, que hiere siempre como padre, me hizo una gracia, por lo cual lo bendeciré tanto como duren estos crueles recuerdos: envióme un ángel para conducirme mas pronto al lado de Laurend. Hacia la media noche, á la hora en que el desdichado caía delante de la puerta de la posada, me desveló un pesado sueño. Abrí los ojos y creí ver á Edmunda. La deslumbrante tranquilidad de su rostro estaba mezclada de aquella tristeza que nos parece pueden tener tambien los bienaventurados, y que no es un efecto del sufrimiento, sino un testimonio de su tierna compasion para con

nosotros. No me habló, y sin embargo, comprendí que me avisaba que volviese á mi casa. Sin reflexionar sobre ello, acordándome solamente de que mi puesto era en medio de mi rebaño, me levanté y partí. La lluvia no habia cesado, la noche era oscura, y conocia poco el camino; con todo llegué sano y salvo en menos tiempo que hubiera empleado de dia. Entré en mi casa: todo estaba tranquilo, escepto mi corazon, presa de horribles presentimientos. Encendí lumbre, proponiéndome orar hasta el amanecer. Aparecióseme de nuevo Edmunda, mas triste todavía.

Hija mia, le dije, ¿qué quieres? ¿Se trata de tu hermano?

La dulce vision desapareció, y salí maquinalmente. Quería ir á orar á la puerta de la iglesia; mas un secreto instinto me dirigió hácia la posada. Parecíame que me llamaban por aquel lado plañideras voces. Distinguí en el fondo de la cuadra una débil luz, y entonces oí claramente, en medio del silencio, dos suspiros semejantes á los de la agonía. Si hubiese llegado algunas horas mas tarde, habria encontrado un cadáver.

¡Dios mio, Dios mio, qué espectáculo! ¡cuánta necesidad tengo de recordar que vuestra Santísima Madre os vió en la cruz, víctima sin mancha de mis pecados! El hermano de Edmunda difunta, el primogénito de mi difunta hermana, mi sobrino, mi hijo adoptivo, el último de mis parientes, acostado sobre el estiércol, pálido, sucio, delirante, despreciable para otros ojos que no fuesen los míos! Desatinado, lo tomé en mis brazos, delirando casi como él, y dirigiéndole palabras que ya no oía. Lo deposité en el lecho de su herma-

na, y lloré á entrambos con indecible amargura; á ella como si acabase de perderla, y á él como si ya no existiese.

La criada de la posada me habia acompañado. Al referirme una parte de los detalles que ya conocéis, nada me dijo que no hubiese adivinado; bastábame haber visto á Laurend en el establo. En aquel incidente reconocí á los asesinos de Edmunda: y mis resentimientos contra ellos, resentimientos tan sofocados, tan completamente extinguidos, se despertaron en mi alma con una violencia igual al doble crimen que los excitaba. Halléme falto de virtud ante golpe tan terrible; mi culpable cólera se volvió contra el mismo Dios. ¡Dios mio! dije, ¡por qué me habeis puesto entre estos malvados! Si querian mi sangre, ¿no podian tomar toda la de mis venas, y permitiréis que su furor encuentre el secreto de hacerme morir siempre?

Quejas detestables, de que me acuso delante de vos y que no quiero que excuseis, porque veréis aquí algun bien que al parecer he hecho, y es menester que sepais que es solo Dios quien lo ha realizado. ¡Sea, pues, para él todo reconocimiento y todo honor! Yo no he sido en sus manos más que un instrumento miserable y á veces indócil; á menudo he rehusado seguir sus adorables caminos; me llamaba al trabajo, y le pedia flojamente el descanso.

Aquellas quejas ¡ay! no fueron la explosion irreflexiva de los primeros trasportes del dolor, sino que me osbtiné en ellas. En vano Laurend, habiendo recobrado el conocimiento, me daba el ejemplo de una resignacion comparable á la cle-

mencia de su hermana; me rebelaba contra la suerte que le veia aceptar. El queria morir bien, yo no queria que muriese. Todo lo que podia yo hacer, era no turbar su última hora con la confesion de mis rebeldes congojas y con mis maldiciones contra aquellos verdugos. ¡Horrible cosa! en tanto que asistia el amado jóven, mientras oia su confesion verdaderamente angelical, mientras le administraba los santos óleos y me disponia á cerrarle los ojos, oia sin cesar, como si se cantase á mi oido, la infame copla que habia asesinado á Edmunda. Sacudian y trastornaban mi alma movimientos semejantes á los del mar embravecido, pensamientos de ira, indomables deseos de venganza.

Mas adelante, la violencia de aquellos sentimientos, tan diferentes de la calma en que me habia dejado la muerte de Edmunda, me hizo comprender que entonces tuve tal vez alguna vanidad por mi triunfo. Dios nos quiere humildes en todo y por todo, aun en el sacrificio, aun en el ceno de la victoria, á fin de que no nos libremos del dolor que El quiere y cuando El lo permite. "Sí, me habia dicho yo mismo: soy dueño de mi corazon; Dios me pide un gran sacrificio y lo hago generosamente; Dios tiene en mí un fiel servidor." ¡Oh profundidad y locura de nuestro orgullo! Fijos los ojos en la mano que me apartaba del abismo, me glorié, no de su ayuda, sino de mi fuerza; bendiciendo á Dios por su misericordia, quedé satisfecho de mi virtud. Para darme á conocer mi flaqueza, Dios me abandonó á las tempestades de la desesperacion.

Laurend no concluyó el día, espiró al anoche-
cer, y sin duda debí á mi pronto regreso el ha-
ber podido abrazarlo vivo; pues mis cuidados y
la alegría de verme prolongaron por algunas ho-
ras aquella existencia tan breve y tan dolorosa-
mente cortada: *Tamquam flos agri, sic efflorescit!*
Lo amortajé yo mismo. Puedo decir que antes
de estar envuelto en el sudario, su cuerpo fué
lavado con mis lágrimas. El era toda mi familia,
y sin él nadie me quedaba de aquellos que habia
amado. Quedaba solo, solo en el mundo. *Similis
factus sum pellicano solitudinis...* ¡Vos lo quisís-
teis, Dios mio! Era preciso que se rompiesen
aquellos vínculos, porque mi familia no era ya
mi familia, y Vos habíais formado para mí nue-
vos vínculos, mas sagrados que los de la caridad
y la sangre. Pero entonces no lo conocia.

Habia concebido un proyecto extravagante,
peligroso, indigno de mi carácter sacerdotal.
Quería aprovechar la concurrencia que sin duda
iba á atraer el entierro de Laurend, para des-
ahogar mi corazón, y en la iglesia, delante del
ataud, vengarme de tres años de suplicio, echar
en cara á mis feligreses su ingratitude, su crueldad,
sus salvajes vicios; recordarles todo lo que
me habian hecho; abrumarlos con la muerte de
Edmunda, el asesinato de Laurend, mi vida em-
ponzoñada para siempre por ellos, y despues de
haberles hablado de este modo, dejar la parro-
quia para no volver á ella. La indignacion, el
desprecio, los vehementes apóstrofes se agitaban
en mi entendimiento, como las lavas de un vol-
can próximo á una erupcion.

Subí al púlpito. El auditorio era numeroso;
reconocí el mismo buen movimiento de compasion
y casi de arrepentimiento que los habia llevado
al entierro de Edmunda. Impresionóme asta ob-
servacion antes de abrir la boca. Me acordé de
mi pobre sobrina; viniéronme á la memoria sus
últimas palabras: *¡Hacedles bien!* y discurria có-
mo podria apartarme de aquellas dos tumbas tan
puras y sagradas. Dios se dignó tambien hacer-
se oír en el fondo de mi corazón. Se me vino á
la memoria aquel versículo del Salmista, que
aquella misma mañana habia leído sin fijarme en
él: *In Domino confido: quomodo dicitis animæ meæ:
Transmigra in montem sicut passer?* ¡Oh alma mia!
¿por qué me aconsejas que huya? ¿No tienes con-
fianza en el Señor?

Cambié de resolucion; mi corazón, súbitamen-
te iluminado, me dictó palabras muy diferentes
de las que habia meditado. Limitéme á decir que
Laurend me habia legado lo poco que poseia pa-
ra fundar en la parroquia un asilo en que se
hospedaria á los pobres viajeros. Añadí que en-
tre tanto, solo y sin familia, apreciaria aun mas,
si era posible, á todos mis feligreses, resuelto á
servirlos para hallar en ellos algun día á los her-
manos, hermanas y sobrinos que habia perdido.
Este fué todo mi discurso; mis lágrimas lo aca-
baron. Sus sollozos, si hubiese podido continuar
hablando, les habrian impedido el oirme.

Desde aquel dia la mayor parte de los habi-
tantes no solo me toleraron, sino que me trata-
ron como amigo. Algunos de los que habian ca-
lumniado á Edmunda y rehusado socorrer á Lau-

rend, vinieron á pedirme perdon. El maestro perdió su crédito; el alcalde se hizo partidario mio; por fin, me fué posible anunciar la palabra de Dios y empezar el combate contra los errores y los vicios que infestaban aquella desgraciada poblacion. Así el Cristianismo germinó en la parroquia sobre las tumbas de Edmunda y de Laurend. ¡Vias ocultas de la santa Providencia!

Aquellos queridos niños me habian dejado dos obras por realizar: para cumplir el testamento de Edmunda, habia de reparar la capilla de la Virgen; y en cumplimiento de la última voluntad de Laurend, fundar un pequeño hospicio. Mas toda la fortuna de los fundadores no pasaba de diez mil francos, lo cual era muy poco. Sin embargo, empecé y estuvo muy lejos de resentirse mi naciente popularidad. Vino á acrecentarla un cruel suceso; el fuego devoró cinco ó seis casas del pueblo, entre ellas la del primer hombre que habia cerrado su puerta á Laurend. Acordándome del encargo de Edmunda, interrumpí sin vacilar nuestros trabajos, y distribuí el dinero que me quedaba entre los perjudicados por el incendio, quienes habian quedado sumidos en la miseria.

Entonces Dios, que todo encamina á sus designios, solo de El conocidos, me inspiró la idea de hacer una cuestacion para llenar mi caja vacía. Los primeros resultados sobrepusieron á mis esperanzas y me colocaron mas léjos de lo que queria ir. Con el apoyo de mi obispo, con espontáneos donativos, con dádivas caidas verdaderamente del cielo, me encontré poseedor de treinta

mil francos. Con la fortuna me vino tambien la imprudencia; ya no me limité á reparar la capilla de la Virgen, sino que, amenazando ruina la iglesia, quise reconstruirla.

Sin duda conoceréis la historia de los párrocos constructores, fundadores y cuestadores. Me dispense de haceros la mia, que se parece á las demás. Llevé durante ocho ó diez años una vida la mas contraria á mis costumbres. Fuí albañil, carpintero, arquitecto, pizarrero, predicador, viajero, hombre del mundo, pleiteador, ¡que sé yo! Sufrí negativas mortificantes, obtuve milagrosos recursos, esperimenté consuelos y tribulaciones de toda clase; por la mañana veíame agobiado por una deuda que no podia pagar, y por la tarde quedaba satisfecha y ensanchaba mis planes por tener fondos de sobra; pero aquellos planes acababan por crear nuevas deudas que me arrastraban á nuevos viajes, á nuevas seducciones, á gastos nuevos. Hubiera muerto de pena, si Dios, sosteniendo sin cesar mi valor, reparando siempre mis indiscreciones y bendiciendo continuamente mi confianza por otra parte inquebrantable, no me hubiese puesto en contacto con algunas almas santas, cuyo ardor y cuya generosidad me sacaron muchas veces del atolladero. Una señora de Paris, tan pobre como yo, cubrió ella sola mas de la mitad de los gastos de la iglesia. Comprenderéis que mis fatigas me parecian ligeras cuando veia tal desprendimiento.

En verdad Dios me colmó de sus gracias. La alegría de ver levantarse con magníficas proporciones por un lado la iglesia, y por otro el hos-